

III

LA EMULACION.

DISCURSO INAUGURAL

QUE,

EN LA INSTALACION PÚBLICA

DE LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJIA

PARA

GALICIA Y ASTURIAS,

PRESIDIDA POR EL

ESCMO. S.^r CAPITAN GENERAL DE ESTE REINO,

EN EL SALON DE PALACIO,

EL DIA 19 DE JULIO DE 1833,

PRONUNCIÓ

El Dr. D. José Francisco Vendrell
de Pedralbes,

Médico de Cámara Honorario de S. M., Catedrático de Medicina jubilado, Socio íntimo de la Real Academia primitiva de Medicina práctica de Barcelona, y de la de Sevilla, corresponsal de la de Madrid, Honorario de la de Caliz, y Vice-Presidente de la de esta ciudad de la Corona, etc.

CON SUPERIOR PERMISO.
IMPRESA DE IGUERETA: JULIO DE 1833.

Alit emulatio ingenium. Vell. Patere. Hist. rom.

La emulacion alimenta el ingenio.



Escmo. Señor y Señores,

El día, en que se establece un Cuerpo literario, es de suma gloria para el Soberano, que lo ordena; de gran provecho, para el pueblo, en que se verifica; y de indecible responsabilidad, para los individuos, que lo componen. Nuestro buen Rey y Señor D. FERNANDO VII (que Dios guarde) en su Real decreto de luz y de bondad, que acaba de leerse, se dignó acordar este bien á la Coruña, que sabe apreciarlo, y sabrá agradecerlo. ¡Loor perdurable á la fina discrecion de tan Augusto Monarca, que cual otro Carlo Magno, hace entrar en su vasto plan de gobierno, la cultura del espíritu, y el honor de los sábios; detestando á los de Mytilena, que, por conservar á sus vencidos en la condicion de esclavos, les privaban de la enseñanza á ellos y á sus hijos! Con mas razon que á Luis 12 de Francia, le deben todos saludar con el dulce nombre

de Palco de los pueblos: pues el uso de la *autoridad Real* lo emplea generosamente en bien de sus súbditos. El mayor de todos es la instrucción; pues ella es, según *Synezio*, la fuente de la virtud, de donde nace la felicidad. No hay duda: todos los vicios se fundan en errores, y en opiniones falsas; y por esto, según el acertado juicio, y la autoridad de los sábios, son indispensables la *lógica*, y la *crítica*, para el establecimiento de la *recta moral*. «No hay mas que un bien, dijo *Sócrates*, y este es la ciencia; y no hay mas que un mal, y este es la ignorancia.» En la ignorancia hay menos virtud, dice *Hume*, porque «esta no es otra cosa, que una razon mas clara y cultivada, que enseña los daños de la *inmoralidad*, y de los vicios» Por esto, el mismo sabio y político historiador sienta que la ciencia, y la *civilización* estan estrechamente unidas con la virtud, y la *humanidad*; siendo el ámbito de los errores, de los vicios, y de toda clase de desórdenes.»

Para el logro de tan venturosos designios, nada mas útil que el establecimiento de las *Corporaciones literarias*. Ellas son, como los grandes bancos de los conocimientos humanos, donde se depositan y acumulan para facilitar con su giro, su aumento y comunicaciones. El aire científico, lo mismo que el aire atmosférico, necesita movimien-

to, y circulacion, para gozar del provecho de su utilidad, que, si se estanca, se corrompe, y se pierde. Otra ventaja mas ofrecen las Académias; y és la de ejercer una verdadera policia literaria, que es tan precisa para la salud del entendimiento, como la policia médica para la salud del cuerpo. Felizmente este Real Instituto reúne entrambas; y por su noble objeto, benéfico y sábio, debe á un tiempo atacar las dolencias, y destruir los errores.

Este es el cargo, este es el deber comun, y particular de todos, y cada uno de los Sócios; y para cumplirlo religiosamente, el mejor de los medios es el de la enulacion bien dirigida. La importancia del asunto me anima á esperar la honra de vuestra urbana atencion en este rato.

§. 1.º

En toda Sociedad hay, entre sus individuos, una cierta semejanza, y una cierta competencia: lo primero asegura su estabilidad; lo segundo afianza sus progresos. No puede dejar de haber discrepancia de opinion, dice Ferguson, en una compañía selecta; y sino la hubiera; qual seria la suerte de esa Sociedad? La deferencia en admitir un voto sin exámen, es el principal origen del ocio, y de la corrupcion de las escuelas: la diferencia de dictámenes, escita la duda, la disputa: y ésta la enulacion,

de la que nacen muchas virtudes, segun Plutarco. Y así propongo á esta naciente Academia, para que viva, y viva con gloria, *que fomente en su seno la Emulacion noble y discreta, sin envidia, ni malignidad, que sacrifica el egoismo á la benevolencia, y que, en premio de su trabajo, solo aspira al honor personal, y al bien público.*

Partamos del gran principio de que la legítima emulacion es una virtud social, emanada de la justicia pública, y dirigida al provecho comun; pues solo busca el premio, por el camino del mérito. La del literato, y señaladamente la del Médico, tiene por divisa el honor; por objeto, la humanidad; y por medios, el génio, el talento, y el estudio.

En este supuesto, la emulacion no es mas que un laudable prurito de aventajarnos en lo útil, justo, y bueno: es un honroso deseo de brillar entre los mas sobresalientes. El deseo, dijo Lock, es una impaciencia por un bien ausente; ó, á mi entender, es la tendencia de la voluntad, cuya accion nos agita y estimula hasta conseguir el fin propuesto, cuya tardanza produce la impaciencia. En nuestro caso, el fin es tan meritorio, como el origen: pues, en la justa opinion de Hutchemar, el deseo de sobresalir es hijo natural del honor: y el verdadero honor es el fruto de la virtud, y la base del crédito. Por esto, y solo por esto, dijo Plinio se-

gundo en el panegírico de Trajano, que ese Príncipe únicamente aspiraba á la gloria de ser mayor, que el mas grande.

La imitacion es un carácter animal, y muy notable en la especie humana. El hombre del comun, ó vulgar, se va instintivamente asemejando mucho, hasta equilibrarse y confundirse con los que le rodean; el hombre de carrera aspira y tiende siempre á distinguirse, á progresar, y sobresalir entre sus compañeros: porqué aquel mira á los demas como iguales, y éste los vé competidores: lo primero es efecto de la necesidad, y de la conveniencia; lo segundo es el resultado de la reflexion, y del amor propio. Este, en su aritmética natural, se cuenta primero á sí mismo; y no consiente que otros se le antepongan, y lo posterguen, creiéndose agraviado en no ser preferido, cual él se prefiere en su corazon. Y como en el de todos, y cada uno, ecsiste el mismo deseo de primacia; de ahí nace la recíproca lucha, y la rivalidad perenne. Del mismo origen, que lo es de inmensos bienes, é incalculables ventajas, saldrian males sin término, si la razon no dirijiera los primeros impulsos de la naturaleza. Veríanse abortar los zelos, la envidia, la animosidad, la injuria, la ambicion, el orgullo, el ódio, la venganza, y la guerra abierta.

Las Corporaciones literarias, á cuya ilustracion

y moralidad no puede esconderse lo perjudicial, lo bajo, lo horroroso, y degradante de esos vicios; los huyen, y los detestan por sistema, y por convencimiento. Conocen solo, y abrazan «la genuina emulacion, que es el gusto, el deseo, el amor á la perfeccion por sí misma; y el ánsia de la gloria, mirada como recompensa debida al que mas se apoesime al mas alto grado posible de aquella.»

La emulacion bien definida manifiesta evidentemente que no toda es verdadera, ni laudable: la hay espúria, odiosa, y dañina. Hay vicios contra la emulacion, que solo pretenden las distinciones del mérito, tales como la envidia, los zelos, la ambicion, y el orgullo; los hay que atacan directamente las personas, como el ódio, la detraccion, la intriga, y la venganza. Para ser virtuosa, y legítima la emulacion, debe estrivar en la justicia equitativa, y proponerse el bien general: la franqueza, la sobriedad, y la eleccion presiden á sus nobles y generosos designios. Veámoslo por partes circunstanciadamente.

Los zelos son hijos de la philausia esclusiva; es decir, de un egoismo cesaltado, que no admite compañero. Quieren para sí, todas las prerrogativas, sin tolerar que otro participe de sus gozes: y convierten en enemigos, á los que debían solo mirar como rivales. Pompeyo, que á los 24 años de edad

mereció que Sylla le diera el renombre de *Grande*, no pudo sufrir que César le compitiera: éste no consentía superior; pero aquel ni aun quería que hubiese otro igual. Pericles, zeloso del indisputable mérito de Cimon, y Thucydides, instó hasta lograr el destierro de entrambos por el ostracismo; para quedar solo, gozando de su reputacion. Estos son los zelos del orgullo. Los hay tambien de pura vanidad, é ignorancia; cuando se apetecen los honores, sin tomarse el trabajo de merecerlos. Unos, y otros oyen con disgusto los encómios, que se tributan á los demas, tomando la alabanza agena como ofensa propia. Y es notorio, como dice Laharpe, que es muy pobre de méritos el que es avaro de elogios: la justa emulacion aplaude á sus competidores, participa de sus nobles esfuerzos, y aun del honor de sus ventajas, ya salga vencedor, ó salga vencido en la honrosa competencia. El zeloso no busca mas que sus aplausos; la emulacion distribuye, y toma parte en los agenos. El zeloso afana por la opinion de gloria; la emulacion procura el valor del mérito. El primero abulta los defectos de sus contrarios; el segundo encómia las prendas de los concurrentes.

La triste envidia, especie de locura propia de espíritus vanos y débiles, desprovista de merecimientos para nada, lo ancha y lo carcome todo; ani-

quilándose á sí misma con su deseo, y su impotencia. Para ella, todo es mal; pues, como dice Bion, no sufre menos con el bien ajeno, que con el mal propio. No tiene en sí nada bueno, y no puede tolerar en otro, ninguna idea de mérito, ni preferencia. El bien de los demas es su peor martirio; y enemiga de todo lo laudable, el ódio, la intriga, y maledicencia, es su pasion, y sus delicias. La noble emulacion vé con gusto el mérito, en quien lo tiene; alaba los progresos, y los estima, con tanta mas sinceridad, cuanto que desea hacerlos iguales, ó mayores, para que otros se los aplaudan, y admiren con el mismo candor, y entusiasmo.

Por desgracia los mas grandes hombres, en sentir de A. Tibullo, son el blanco y el juguete de la envidia. Esta, dijo Adam Smith, es el disgusto por la superioridad merecida por otros. Así es, que la envidia sigue siempre al mérito, en la justa espresion de Gibbon, lo mismo que la adulacion sigue al poder. Phidias, con su incomparable estatua de Minerva, se atrajo la feroz envidia de su detractor Menon; por cuya malvada intriga logró llevarlo á la cárcel, donde, cuenta Plutarco, que murió de enfermedad, ó de veneno. Eschines, envidioso de la corona de oro decretada como un justo premio debido á Demósthene, lo acusó falsamente. Con muchísima sensatez

y acierto dijo el sábio Bacon de Verulanie, que la envidia es el cáncer del honor. Huíamez, Señores, de esa asquerosa enfermedad del alma.

Otro de los males, que afean la emulacion, es la ambicion, ya orgullosa, ya vana, y siempre inquieta, que á toda costa quiere las prerrogativas de la superioridad del rango. Las dos se diferencian de un modo muy notable, y decidido: la ambicion tiene un fondo de altanería, ó de vanidad; la emulacion estriba en la justicia, é induce provecho. El ambicioso cesija las adoraciones de los que estan debajo: el émulo generoso solo quiere fijar la estimacion de los demas, dejando á todos el campo libre de su gloria. Aquel para su curso, cuando adelantó á sus competidores en la carrera; éste lleva su ardor heróico hasta aprocsimarse siempre mas á la perfectibilidad ideal. Aquel busca la consideracion de su persona; éste anela por el bien público: aquel deprime, y quiere á todos inferiores; éste da el ejemplo, para que todos sean grandes.

Cuando César preferia el primer lugar en un pueblo de las Gálias al segundo en la gran capital del mundo, la antigua Roma; y cuando Alejandro, llamado el Grande, condenó á muerte al filósofo Callisthenes porqué no quiso adorarle como á Dios, se presentaron á los hombres como arrogantes modelos de ambicion. Pero, cuando Thales de Milet,

el primero de los siete sábios de Grecia, reusó el trípode de oro, que le ofrecieron; y lo cedió á otro, y siguió viajando, y aprendiendo siempre para ser mas sábio; nos dió un ejemplo sublime de humildad, y de perfecta emulacion.

El infatuado orgullo es tambien un enemigo de la emulacion modesta. Porqué aquel se estima en mas de lo que vale; cierra los ojos, por no ver sus defectos; se supone con el mérito, que le falta; y pretende los elógios debidos á las virtudes, que ni tiene, ni busca, pues se cree superior á todos. La emulacion, por el contrario, toma en la mano la balanza del mérito; é inclina gustosa sus miradas, y respetos, en favor del que lo tiene: sintiendo una ardorosa propension, y estímulo, en ver si puede legalmente igualarle, y vencerle.

Plinio cuenta de Rhemnio Polemon, que lloraba diciendo, que las letras, que habian nacido con él, debian morir con él igualmente. ¡Qué insensatez! ¡Qué orgullo! Y el insigne Menedemo confesaba, que los que entre los griegos se tenian por maestros hábiles, cuando iban á Athenas, se quedaban allí, como discípulos; pues hallaban otros, mucho mas sábios que ellos, de quienes tenian muchísimo que aprender. ¡Qué contraste! Qué modestia! Y que leccion, y desengaño, para los que creen saber algo, sin haber salido nunca de su casa, ó de su patria!

Frecuentemente, y para mayor desastre de la sociedad, los que pretenden, sin razon, las consideraciones del mérito, atacan las personas, que lo tienen. Y así, por grados, los zelos se mezclan con el ódio; la envidia con el rencor, y la injuria; la ambicion con la intriga, y la bajeza; y el orgullo con la detraccion, y la venganza. Pero, en desquite de la virtud, tambien enseña la historia, que los tales vicios suelen traer en pos de sí, la desgracia, el descrédito, y la ruina de sus fautores.

Los antiguos zelos, y rivalidad de las ilustres familias de Priamo, y Agamemnon legaron su enemistad, y encendieron la guerra entre sus viznietos, los griegos y los troyanos; el ódio, y el ardid, al cabo de diez años de sitio, inventaron la felonía del Palladion, que acabó con la famosa Troya. Pero tambien el origen de las desgracias de la Grecia, segun el voto respetable de Anacharsis, debe contarse desde aquel malhadado triunfo.

Quizás por esto, discretamente Scipion Násica en el senado romano concluía todos sus discursos diciendo, *que Cartago debia conservarse*; en contrapesacion á la costumbre y severidad de Caton el Censor, que terminaba siempre sus dictámenes públicos, repitiendo *que Cartago debia destruirse*. Este consultaba el ódio; aquel quería la emulacion. Lo cierto es, que Roma se resintió de la pérdida de

Cartago, que con su rivalidad aumentaba el crédito de ambas ciudades, como dice Raynal. Por lo mismo el heroico Cíarín reconcilió á Esparta con Athenas; porquè, en sentir del político Ferguson, las pretensiones de Athenas eran convenientes y necesarias para que Esparta luciera sus virtudes: á la manera que es preciso el golpe del eslabon, para que el pedernal suelte sus chispas.

Obran tambien contra sí mismos los que, no pudiendo sostener una franca emulacion, la convierten en enemistad. Así hizo Cestio, insigne retórico, enemigo de Ciceron, que se atrevió á llamarle ignorante: pues hallándole despues en Asia, donde mandaba Marco su hijo, le hizo dar de palos; por vengar el justo crédito de su padre, segun que Séneca nos refiere su historia. No debemos olvidar que, entre los satíricos y libelistas griegos, Hyppónax fué desterrado, y Archíoco muerto á puñaladas.

El deber, la urbanidad, y la propia conveniencia nos impulsan á mirar con tolerancia los escritos, y con respeto á sus autores. Frecuentemente no sabemos con quienes disputamos. La mitología nos enseña que Mársias, creyendo desafiar á un pastor, halló con Apolo, que supo á un tiempo castigar su error, y su delito. Seamos cautos, y corteses: hablemos para elogiar, y callemos por no ofender.

La detraccion es fácil y alagüena, pero trae mas

Los resultados. Zoilo, burlon de Homero, fué quemado en Smirna; como, en sentir de Laharpe, lo fué tambien Ramus en honor de Aristóteles. Y aunque otros no digan tanto de este último, convienen en que los Aristotélicos, cuya doctrina insultó, le hicieron procesar en 1543, faltándole poco para ir á galeras; y al cabo, los mismos lo despedazaron en Paris, en el año de 1571.

Imitemos á Marco Craso, de quien Plutarco escribe, que tenia emulacion sin malignidad. Imitemos á Cleomenes, que á la ambicion de gloria, reunia grandeza de alma; lo mismo que Demósthene, y Ciceron. Y acordémonos siempre que aun éste, por sus dichos picantes, de que gustaba, se enemistó con Clodio, quien lo hizo desterrar y destruir sus bienes; aunque el público se los reedificó á los 16 meses, en que fué llamado del destierro.

§. 2.º

Cuando la emulacion se ve libre de esos lunares, que eclipsan su hermosura, brilla con plena luz y en toda su pureza. Entonces franca y generosa, libre de zelos y animosidad, camina derecho á la gloria. ¡Cuan laudable, cuan justa, y honesta es la disputa del honor, por los quilates del merito! Cada uno presenta modestamente los esfuerzos del suyo, sin otras pretensiones, que las de superar, mas

no deprimir, el ageno. Así todos ganan en la lucha, porqué todos adelantan en la concurrencia, anelando por merecer la primacía. La honra del que la consigue se valua por el mismo empeño de los licitadores; y la satisfacción de estos es la de balancear los prodigios de un génio privilegiado. Así observamos que, en los juegos fúnebres descritos por Homero en la muerte de Patroelo, si tuvo Aiax que ceder á Ulises ayudado de Minerva; aunque éste llevó el premio. tambien obtuvo aquel, y con razon, muchísimos aplausos. Bajo esos principios discurria Scipion el Africano en Efeso, cuando vencido por Annibal, se contaba por el tercer General del mundo, despues de Alejandro, y Pyrró; pues preguntándole Annibal, cómo se contaría si hubiese salido vencedor; contestó Scipion «O! entonces yo me tendria por el primero, entre todos cuantos hubo.»

Para llegar á ese colmo, es fuerza comenzar imitando lo bueno desde los mas tiernos años, segun el prudente consejo de Marco Fábio. La mayor ventaja, que ofrece la casualidad de un nacimiento distinguido, es la proporecion de tener dignos modelos á la vista, desde que abrimos los ojos. Solo por esto, la hija de Lelio hablaba con la elocuencia que su padre; y es positivo, dice Quintiliano, que á la de los Graccos contribuyó mucho la de su

madre Cornelia. El ejemplo es una palanca moral, con la que se aumenta indeciblemente la potencia, para vencer con facilidad, y aun con gusto, las resistencias, que sin aquel auxilio hubieran quedado insuperables. De ahí viene el estímulo, que produce la emulacion, y aquella honrosa ambicion de mérito, origen de tantas virtudes sociales.

Las Académias, y las escuelas públicas no necesitan otra apología, ni otra alabanza: dan mejores discípulos, y profesores, por la natural competencia de aptitudes, y progresos: el talento ve un desafío en la comparacion, un placer en la victoria, una ménhua en el atraso. El que no se compara con otros, es fuerza que presume demasiado de sí mismo; así como el que se mira pospuesto á los demas, se cree desairado, y herido en su amor propio; que le inspira el desco, y el valor de lograr la preferencia, por una especie de venganza, que es hija de la naturaleza, y está en el corazon del hombre.

Este es el campo escogido, donde se cultiva y crece la verdadera emulacion, como virtud pura, útil, generosa, y siempre estimable. Aquí solo se conoce el inestinguible afán de progresar, con el prudente temor de que otro gane la delantera por el aguijón de gloria y reputacion, mas noble y mas eficaz que el del zeloso orgullo. Aquí se trabaja con emulacion filosófica; es decir, con un deseo ardien-

te de llegar á la posible perfeccion de lo que se emprende por gusto por el bien. De este modo, se fija el respeto, y elogio de los sábios; de este modo se reúne el provecho de todos. Se despliegan los sublimes resortes del alma, para servir de modelo á los que siguen, y sobrepujar á los que precedieron. ¡Fecundo manantial de bellas acciones, de grandes empresas, y de brillantes resultados! Uno de ellos, y de los mas importantes, es el de abrir los ojos al público, para que no se engañe en la eleccion de sujetos; y sepa distinguir al sábio humilde, del ignorante fantástico; y al Facultativo *de oficio*, del Facultativo *de honor*. La fortuna de opinion, dice el discreto Haffner, está muy distante de la fortuna de ciencia. La opinion la da el vulgo, que se mantiene de apariencias, y de errores: la ciencia cuesta demasiadas privaciones para que la posean muchos, cuando todos los demas la desacreditan. Aquí se presenta un mercado franco de conocimientos, donde la concurrencia facilita la comparacion, y el acertado juicio á los consumidores. Ellos mismos verán su antiguo error, y la diferencia, que separa *al hombre de opinion vulgar*, del *hombre de estudio, y mérito verdadero*.

Para lograr tan esclarecido concepto, en el tribunal del tiempo, y de la imparcialidad, es preciso acreditar una bella aptitud natural, perfeccionada

con el espíritu de laboriosidad no interrumpida. El príncipe de la elocuencia griega, el gran Demóstenes, de quien dijo Ciceron «que la mejor de sus oraciones era la mas larga,» no llegó á ese punto, sino con indecible trabajo. Fué á oír al célebre orador Callistratus, y al ver los aplausos, y obsequios, que recibia del público, le entró la envidia, y el gusto esclusivo por la oratoria. Desde aquel momento se empeñó en cultivar sus disposiciones, y superar todos los obstáculos. Su primer ensayo fué á los 18 años, cuando peroró contra sus tutores, y ganó el pleito. Tenía, a los principios, cierto estorbo en pronunciar, tartamudeaba algo; pero la actividad de su génio pudo mas que el defecto de la naturaleza. Para vencerlo, dice Demetrio Falereo, que hablaba alto con guijarros en la boca, y subiendo monte arriba. Declamaba fuerte, y á solas, cuenta Plutarco, encerrábase en su galinete, sin salir de casa en dos, ni tres meses, por no interrumpir su estudio; y se afeitaba la mitad de la cabeza, por prevenir la tentacion de presentarse en la calle. Aprendió el gesto, é inflecion de voz del famoso actor Satyrus, y consultaba su accion y actitud delante de un espejo. De esta manera, dejó atras la celebridad de Pithon, y Lamachus, insignes oradores contemporáneos.

Por iguales medios y continuados estúdios, des-

plegó en el foro de Roma su admirable persuasión el talento de Marco Tullio Ciceron. Pero tambien consta por su propio testimonio, y el de Plutarco, que tampoco pasaba un dia, sin que declamase, ú oyese declamar á los mas célebres oradores; para adelantar siempre ácia á la perfeccion que anelaba.

A entrambos les aguijoneó el deseo de gloria; y ámbos la buscaron, y la merecieron, por el camino de la emulacion. Sabido es, que Demóstenes dió nueva fuerza, y energía á su elocuencia, cuando en Thébas se las disputaba con la del esclarecido Pithon de Byzancio: y nunca estuvo tan admirable en Athenas, como cuando en su acusacion lució Esquines todos los resortes de la suya, que era prodigiosa. Ciceron se sintió conmovido con las alabanzas, que el auditorio romano prodigaba á los discursos bellísimos de Cota, y Hortensio; y su noble emulacion instigada, no paró hasta merecer la preferencia.

Es verdad que la subida es costosa; pero el amor de la gloria multiplica las fuerzas, debemos repetir con Sexto Aurelio Propercio. Es duro el trabajo; pero es muy dulce el placer de haberlo hecho; y señaladamente cuando, segun Bacon, la alabanza es el reflejo de la virtud, aunque el pueblo por lo regular aplaude mas las apariencias.

Mientras dure la historia, y el buen juicio, se

alabaré la ejemplar conducta de Augusto, quien, segun cuentan Dion, y Suetonio, aun entre el tumulto de la guerra, no pasaba un dia sin estudiar algo. Lo mismo dice Patérculo de Scipion, que repartía bellamente su tiempo, entre las letras y las armas. Caton el Censor daba por perdido el dia, en que no hubiese aprendido alguna cosa. Del continuo trabajo de Apeles, quedó el provechoso refran de «nulla dies sine linea.» A su imitacion, y por lo mismo, trahía siempre Rubens consigo el lapiz y el papel, para no perder ninguna oportunidad de dibujar. Y por lo tanto, pudo aquel en una sola línea darse á conocer, y en otra, superar la finura de Protógenes. Así rivalizaron, y así mutuamente se lucieron, esos dos grandes génios en su clase.

Mas, paraqué el trabajo no sea estéril, conviene darle una direccion electiva, determinada por muestras inclinaciones, y aptitudes. El consejo de Ciceron á su hijo es tan esencial, como aplicable á todo el mundo: «cada cual debe principalmente (le dice) dedicarse á aquello, para lo que se conoce mas apto.» El juicio de Lavater dijo un apotegma, que es digno de repetirse: «el que sale de su esfera peca contra sí, y contra el orden de la naturaleza: porqué no es lo que debe, y nunca será lo que desea.» En efecto, es un necio, que huye de la fortuna que le busca: y busca la que le

huye; y así pierde entrambas. Aplicando este gran principio á los varios ramos de la ciencia de curar, es evidente que no todos pueden ser igualmente dispuestos para todo. Los hay excelentes operadores, que no llegarían á medianos pulsistas; y al revés, insignes pulsistas, que nunca serían buenos operadores. Cultive cada uno su propio ramo, pues la gloria de sobresalir es igual en uno, y otro: el mérito no está en la materia, sino en el que la ilustra.

Piérico lució, y adquirió tanta nombradía, pintando solo animales y peschres; como se deslució, y desacreditó Serapion, que no queria pintar sino ciclos, y divinidades. Aquel realzaba lo pequeño, éste envilecia lo grande; aquel manifestó discrecion, y talento; éste sandez, y vanidad. Hay pocos Plídias, cuya imaginacion sublime les haga capaces de representar mejor de bulto los dioses que los hombres. Estúdiense, conózcase (como pedía Sócrates) cada uno á sí mismo, y no salga de lo suyo: aplíquense mutuamente el antiguo refran de los griegos «Hanc Spartam nacti estis, hanc exornate.»

La historia del entendimiento humano está llena de lecciones, y escarmientos en esta parte. El inmortal Demósilenes fué el mejor de los oradores, y el peor de los soldados; era guerrero en la

tribuna, y cobarde en la campaña. El filósofo por excelencia, el moralista Sócrates, cuyo génio penetró hasta los secretos de la divinidad, declarado por Apolo el mas sábio de los hombres, tan discreto como valiente, pues libró á Alcibiades en Potidécá, y á Xenofonte en Delium; ese hombre, que hizo orador á Lisias, y poeta á Eurípides, no pudo lograr hacerse escultor, con ser hijo del estatuario Soplirónisco. Quiso un dia figurar las tres Gracias, y salieron tan desgraciadas de sus manos, que parecian mas bien Fúrias. Platon quiso pintar, y tuvo que dejarlo de corrido: ensayó el ser poeta, y comparando sus versos con los de Homero, resolvió quemarlos. El Emperador Augusto, siendo tan amigo de las letras, no pudo lograr la confianza de las musas: compuso la tragédia del Ajax, que no le hace honor ninguno. El mismo Ciceron, tan justamente ponderado como un modelo de elocuencia en prosa, se hizo ridículo con el solo verso de «*ó fortunatam natam me consule Romam!*»

No hay aptitud general, ni absoluta; todas son parciales, y relativas. En una misma clase, hay aptitudes de rango; tal brilla en el segundo, que se eclipsa en el primero, dijo con toda precision un poeta frances. Ni es por otro principio, que la subdivision de artículos aceleró el progreso de las artes; y lo mismo debe esperarse de su aplicacion.

á las ciencias. Un solo objeto puede considerarse de distintas maneras, y puede recibir perfecciones en vários puntos, y en diferentes sentidos. Los grandes pintores, tienen cada uno su mérito singular: Rafael sobresalió en el dibujo, y exactitud de los contornos; y Rubens lució mas en el colorido, y elegancia del ropage. Celebra aun el arte de la guerra dos insignes campeones, que deben su fama á la contrariedad de su táctica. El impetuoso Marco Claudio Marcello sobresalió en el ataque; el detenido Fábio Máximo se aventajó en la defensa. Aquel venció, en la ciudad de Nola, al invencible Annibal á viva fuerza; y el mismo Annibal tuvo que ceder tambien á la calma y prudencia de Fábio, que supo quebrantarle las fuerzas, evitando los ataques. Ambos lograron la victoria por opuestos caminos, porque eran los de sus preeminentes calidades.

Elevando esos ejemplos y nociones á verdaderos principios, resultará una verdad de gran provecho; pues, siguiendo el consejo de Horacio, tanteará cada uno la robustez de sus hombros, para elegir la carga que permitan sus fuerzas. Tambien buscará los auxilios correspondientes en el apoyo de sus semejantes, que le pueden servir de norma. Las escuelas, dice Laharpe, ayudan la debilidad, y suplen la esperiencia, porque dan reglas, y

modelos : la imitacion viene en socorro del talento, y facilita los adelantos : la emulacion alimenta el ingenio, segun la bella frase de Veleyo Patérculo. Por esto, casi todos los grandes hombres se propusieron á otros por dechado : las proezas de Hércules, dice Plutarco, escitaron la emulacion de Teséo : los trofeos de Milcíades, ganados en la batalla de Marathon, no dejaban dormir á Temístocles, segun él lo confesaba á sus amigos; y así ganó la de Salamina, que no le cede en gloria, y logró que Cornelio Nepote dijese en su elogio, que pocos le igualaban, y ninguno le escedia, entre los ilustres Athenienses.

El intrépido Alejandro, cuyo ardor de gloria no le cabia ni en su pecho, ni en el mundo todo, como dice Juvenal, queriendo distinguirse entre los hombres, tomó un semidiós por modelo; parecía poco imitar á Ciro, y á Scipion; quiso imitar tambien á Aquíles, por reunir en sí, las hazañas todas de los Persas, Griegos, y Romanos. Con esto, á los 16 años de edad, en ausencia de Philipo, quedó dignísimo Regente de Macedónia, y toda su vida fué un asombro de grandeza. Pyrro se parece mucho á Alejandro, en lo famoso de sus acciones, aunque infeliz en el ósito de ellas. Julio Cesar fué un idólatra admirador, é imitador de Alejandro Magno, Carlos 12 de Suecia, con mas ambicion que

apetud, pretendió imitar á Alejandro, y á César; y aunque dotado de estraordinarias eualidades, fué, por lo dicho, mas singular que grande.

Los modelos deben de adoptarse á tenor de las disposiciones; segun hizo Caton el Censor, que en lo austero y modesto imitó, y quizás aventajó, á Mánio Cúrio Dentato, y á Fábio Máximo. El que se aparte de esta regla, perderá el tiempo, y el trabajo; y quizás la salud, y la vida; como le sucedió á Francisco Francia, célebre pintor Boloñés, que, no pudiendo transcribir las bellezas de un cuadro de Rafael que quiso copiar, enfermó y murió de pena.

No puede haber emulacion, donde hay escesiva diferencia, ó invencible distancia; porqué la imposibilidad no debe ser objeto de un conato racional. Este, y aquella tienden al logro asequible del contacto, ó, á lo menos, de la aproesimacion; buscan el equilibrio, sino pueden lograr el vencimiento del contrapeso. La emulacion entre la república Inglesa y Holandesa, segun Hume, hizo obstinados y célebres los choques navales de las dos escuadras de casi igual fuerza, mandada aquella por el ingles Monk, y ésta por el holandés Tromp.

Scipioa, y Anibal, dice Rollin, son dos antagonistas, que se parecen, y mutuamente se realzan. Déseles otro inferior, y perderá mucho la gloria de

su mérito, porque lucirá menos su comparacion. Sería poca la fama de Pompeyo, si hubiese cedido á otro que á César : así honró éste con lágrimas la muerte de aquel, lo mismo que la de Caton de Utica, porque perdía en ellos, dos rivales, que le engrandecieron.

Los émulos tienen una cierta semejanza, y de ahí precisamente nace la competencia. ¿Cuan ridícula y despreciable no se concibe la lucha, que hubiese entre una paloma y un tigre, entre una muger y un Atleta? Valientes con valientes, y génios con génios, son los que deben medirse, y disputarse. El almirante Ruyter siempre en los combates procuraba batirse con el Príncipe Ruperto; y Tromp buscaba á su competidor Spragne, como los solos antagonistas dignos de su recíproco valor, é inteligencia : así que, nunca jamás cedieron el uno al otro, ni se ganaron decidida ventaja, en sus repetidos enencuentros.

Phocion, é Isócrates se hicieron admirables, compitiendo con Demósthene, que respetaba á la vez los talentos oratórios de sus distinguidos adversários. Sóphocles y Eurípides, con su amistosa emulacion, embellecieron el teatro de Grecia, elevando las producciones de su génio á piezas maestras, que serán para siempre famosas. El sentido moral del honor escitaba, y decidia sus contiendas;

á la manera que Plinio, y Tácito se revisaban mutuamente sus obras, ejerciendo una honrosa crítica, con la reciprocidad de luces y socorros. El rival del insigne Crevillon decia:

«Qu'il est grand! qu'il est doux de se dire a soi-même:
Je n'ai point d'ennemis, j'ai de rivaux que j'aime.»

El respetable ejemplo de tan esclarecidos autores fijará para todos los émulos literarios, el gusto por la urbanidad, y comedimiento en las censuras. El buen criterio se honra mucho con el lenguaje dulce, y exacto de la finura, y delicadeza. La pluma del censor juicioso es, como la flecha de Aleon de Candia, que supo matar la serpe enroscada en el cuerpo de su hijo, sin herir á éste, ni á un tocarle. Revisar las obras ajenas, para corregir sus defectos, es aprovechar, y mejorarlas: reunir solo las faltas para abultarlas, es perder el tiempo en deslucir, y deslucirse. Aquello instruye, y estimula; esto ofende, aburre, y cesaspéra. Lycambo se mató desesperado por la cruel mordacidad de Archiloco. Con sobradísima razon, la sátira personal estaba privada por la ley de las doce tablas; y será siempre detestable á los ojos del hombre de bien.

En los combates literarios, hijos de la inteligencia, solo debe presidir la razon, entre la justicia, y el decoro. Es muy de aplaudir la loable costumbre de los antiguos Lacedemonios, que áates de entrar

en la peléa, disipaban su cólera con el dulce sonido de flautas, y ofrecían sacrificios á las Musas, por no traspasar los justos límites de la razon. Parece que en ningún acto debe haber tanta escrupulosidad en la observancia de esta regla, como en los que son parto de la razon misma, y en que no hay otras armas que las razones.

En los floridos tiempos de la república griega, en que la emulacion juvenil sudaba por la gloria del premio en los juegos Olímpicos, Pythicos, Istmicos, y Neméos, se disputaban el lauro con tanto ardor, como honradez; pues las leyes agonísticas (ó de certámenes) prohibian, con pena de infamia, el procurar el adelantamiento propio, estorbando ó impidiendo el ageno con malas artes. Siempre se encomiará la competencia entre Zeuxis, y Parrhasio; aquel pudo engañar los pájaros, con el cuadro de sus uvas; y éste logró engañar á aquel, con el de sus cortinas. Este es un desquite de habilidad, este es un golpe de génio, picado de la emulacion; cuyo objeto es merecer, adquirir, y gozar el respeto, y admiracion de los demas.

§. 3.º

Nunca se llenan estas miras con tanto honor y ventajas, como cuando se dirijen al procomunal. El que pospone su utilidad al bien público, se ele-

va sobre sí mismo. ofrece una virtud superior, y su justo premio es la gloria. Durará mientras haya hombres, la de Epaminondas el héroe de Leuctres y Mantinea, blason de Thebas, que humilló á Esparta por libertar la Grecia; y que, vencedor, nunca dominó para sí, sino para su patria: el mayor capitán de los griegos, en sentir de Ciceron, y mas hombre de bien que General, segun Justino, no tuvo ambicion, ni codicia; filósofo de buena fe, y pobre por gusto, no dejó con que enterrarse, habiendo honrado los empleos, que honraban antes á los demas. Así tambien mereció que su rival Agesilao hiciese su notable elogio, con sola una palabra; cuando al verle atravesar el Eurotas, lleno de conviccion y asombro, exclamó «;Que hombre!» como dando á entender, que no habia otro igual á su heroismo. Y por esto, Philopómeno de Megalópolis se propuso á Epaminondas por modelo; y lo imitó, en cuanto se lo permitia su diferente carácter.

Cuando se habla del de aquel honradísimo Thebano, no es posible dejar de encarecer, Ilustres Consócios, una singularidad, que puede servir de regla y edificacion á esta, y á todas las comunidades; y poner en armonía la menor capacidad del primero, con la superior de los demas individuos. Puesto que, el ínclito Epaminondas no solo

servió, sin murmurar, bajo las órdenes de un jefe ignorante; sino que enmendaba modesta y silenciosamente sus errores, por el bien general. Con esto acreditó lo que habia dicho, que no se han de juzgar los hombres, por sus empleos; sino los empleos, por los hombres que los desempeñan.

Es preciso convencerse que el hombre social, y el miembro de una Corporacion, léjos de ser todo para sí, no es mas que una fraccion de la sociedad, de quien lo recibe todo, y á quien por consiguiente todo lo debe. El hombre solo, es un idiota; su nacimiento es de la naturaleza; pero su educacion es de la sociedad; y esta reclama con derecho lo que es suyo. Callen las animosidades personales, cuando habla el interes comun. Pericles fué un rival harto zeloso del mérito de Cimón, y no paró hasta desterrarle por medio del ostracismo; no obstante, al ver que Atenas lo necesitaba para contener á los Lacedemonios, el mismo Pericles dictó el decreto en el Senado, para que Cimón volviese del destierro. Lo propio hizo en igual caso, Aristides con Themístocles, aunque estaban enemistados; y deponiendo el rencor personal, se combinaron sinceramente en favor de la causa comun contra los persas, y le ganaron á Xerxes la famosa batalla de Salamina. El piadoso Tancredo, en la guerra de las Cruzadas, se reconcilió

con Raynundo Conde de Tolosa, delante de las murallas de Jerusalem, paraqué unidos tuviese la accion mejor resultado. Los Almirantes holandeses Ruyter, y Tromp hicieron las paces entre sí, y olvidaron sus querellas, para caminar de concierto, y dar á su cara pátria nuevos dias de gloria.

Desengañémonos, el mérito es un verdadero iman para con los hombres que lo tienen; y aunque entre estos, como en aquel, haya algunas pequeñas repulsiones; por lo mismo, se hace mas notable la fuerza dominante de su primitiva atraccion. Los hombres grandes son de todos los tiempos, y de todos los países: mútuamente se quieren, se buscan, y se imitan. Procurémos, con noble emulacion, parecernos á tan bellos ejemplares. El Médico, todo entregado al consuelo de la humanidad, es la primera víctima, que se ofrece gustosa en las áras del bien público. Defensores heróicos de la salud de nuestros semejantes, inmolamos nuestra vida con una intrepidez tan serena, como indefensa, y desinteresada. Salimos prontos á explorar el mal, que aun está lejos, para conocerlo, y aprender á tratarlo, y eludir el golpe funesto, que amaga á nuestros convecinos. El provecho del comun es el dulce sentimiento, que nos absorve el alma; en cuyo éstasis filantrópico, desoimos el grito natural del amor de la propia

existencia, y la de nuestras familias. Todo, todo lo cedemos á la patria, renunciando el interes, la comodidad, y hasta la opinion: le sacrificamos, como Décio, la vida; como Fábio, el honor; como Camilo, el resentimiento, y como Mánilio, los hijos.

¿Cual será el premio, ó cantidad moral de valor, que equipare al de dichas acciones, por el derecho, que nos dan á la justa recompensa? La gloria, Señores, la gloria. La gloria merecida, á que tiende la noble y verdadera emulacion, que es el alma de esta sábia é ilustre Académia. Una Corporacion naciente atrae, y fija los ojos observadores del pueblo discreto; y, en sus primeros pasos, cree poder fundar el oroscopo de su futura suerte. Así le empeña en lo mismo, que le honra; y gustosamente le obliga, á que sus bien combinados esfuerzos traspasen los lindes de las mas lisonjeras esperanzas. Este objeto no se logra sin el auxilio de un plan; y el plan está trazado. El poderoso Monarca de las Españas nos eleva con su distinguida proteccion; la Real Junta Superior de la Facultad nos impulsa con su propio ejemplo; el Esmo. Sr. Capitan General del Reino, primer Conde de Cartagena, nos honra con su bondosa presencia. ¿Qué mejores elementos! Qué mas faustos indicios, y aun seguridades, de prosperidad, y ventura! Todo conspira al bien comun; de suerte

te que, si Platon al fin de sus días, daba gracias al cielo, por haber nacido hombre, por ser de Athenas, y por ser contemporáneo de Sófocles; con mas razon, debemos nosotros congratularnos por ser Españoles. por ser Académicos, y por haber tales Gefes. La nombradía de éstos se difundirá hasta perpetuar su memoria, y la de este Cuerpo, que le debe su fundacion: así como duró por muchos siglos la de la escuela de elocuencia en Rhodas, por el buen nombre que su maestro Eschines le habia dejado.

Reunamos, concentremos á ese fin, nuestra corta aptitud, y continúa aplicacion: propongámonos dignos modelos, y procuremos superarlos. El trabajo, dice Virgilio, todo lo vence: la atencion, según Bonet, es la madre del génio. El leer, como enseña Bacon de Verulamio, hace al hombre lleno; el conferenciar lo hace dispuesto; el escribir lo hace cesacto. La Académia cesije precisamente las tres condiciones; y pide tambien otra, que indica Zimmerman, y es la de observar antes de raciocinar, y raciocinar ántes de escribir. El que pretende la estimacion, y las distinciones literarias, desconoce el quietismo: siempre estudia, siempre adelanta, de todos aprende. Se dice que Marco Aurelio imitó á su ama de leche, en sufrir; á su madre, en no enojarse: á sus maestros, en el amor á las le-

tras; y á sus criados, en tratar bien á los Lombres. Ya Bacon dejó escrito, que aprenden mas los sábios de los locos, que estos de aquellos.

Acordémonos que Dracon castigaba la ociosidad con pena de muerte: Solon declaró infames á los ociosos: lo mismo que se observaba entre los egipcios; igual desprecio hace de ellos Homero en la Odiséa; y otro tanto manifiesta Sócrates en el Criton. Y en verdad que lo merecen; pues siendo el tiempo, ó la imagen movable de la duracion, lo mas barato, lo mas precioso, y cuya pérdida es absolutamente irreparable; tambien parece que debe ser en extremo punible. Anlo Gellio en tanto deseaba vivir, en cuanto pudiese trabajar. Los Brachmanes, entre los Gimnosofistas, examinaban sus alumnos, y pupilos, ántes de ponerse á la mesa; y al que, en aquella hora, no hubiese practicado algun acto de humanidad, ó de utilidad, no le daban de comer en aquel dia. El no hacer nada, ya es hacer mal, decia el famoso Ganganelli. Hagamos siempre algo, y algo bueno: el que no hace algun bien á la Sociedad, pierde los derechos á su proteccion. Cumplamos con nuestro deber, y adelantémonos gratuitamente por nuestro honor. Este tiene su tribunal, y ejerce una especie de justicia, que nadie puede evitar; ¿quien no teme la censura pública?

¿A quien no lisonjéa el brillo de una buena fama? Todos quisieran que su nombre estuviera unido al aprecio, cuyo mas alto grado constituye la admiracion: pero ésta se reserva para lo raro, y lo grande, en la línea de lo útil, honesto, y justo. El frio cumplimiento de la obligacion, dice un político italiano, solo releva la nota de omiso; pero el obrar con zelo, y por impulso interior, da el título de benemérito, y el derecho á la beneficencia. Hacer una mala accion, decia Metello, es cosa baja: hacer una buena, sin riesgo, es comun: pero el hacerlas grandes y buenas, á todo trance y peligro, es característico del hombre de bien. Este es el Médico, en cuya gloria, en que brillan unidos los desvelos del sábio y los peligros del militar, está vinculada su abnegacion y el amor del prójimo. Sus adelantos son siempre en beneficio de la especie; sus triunfos, lejos de costar sangre, son siempre contra el dolor y los males que la oprimian. El mas amigo del hombre, que como digno sacerdote de la humanidad, necesita mas estúdios, mejores sentimientos, y mas desinterés; pues ejerce en su profesion continuos actos de virtud, que le asemejan á la divinidad.

El hacer bien es su objeto, su satisfaccion, su recompensa. Como el soldado de Labieno, que reusó la cadena de oro, que este le daba por sus

proezas, dice «que no busca el premio del avaro, sino el del valiente,» que, según Polibio, era una simple corona de grama, y encina; sabe, que Epiménides de Creta prefirió el ramo de olivo á los cuantiosos regalos, con que le brindaban por sus bellas acciones. El talento del Petrarca se dió por bien remunerado en el Capitolio de Roma, cuando en 1341 fué coronado de laurel por mano del Senador, declarando que aquella era la recompensa del mérito. La de los servicios públicos en Grecia, era una corona del olivo sagrado del alcázar de Athenas. El mérito es moral; también debe serlo el premio: el mejor de todos es la condigna alabanza, cuya pureza sobrevive á las generaciones, y la repiten los siglos en agradables écos. ¡Dichoso yo, clamaba Píndaro, si al fin de mi vida dejo á mis hijos el mejor patrimonio, que es el de una buena fama!

La emulacion. Señores, é Ilustres Consócijs, realizará estos deseos, que á todos nos incitan; porqué fijará nuestro amor á la virtud, al retiro, al estudio, á la meditacion, y á la humanidad. ¡Que infalible garantía para los progresos de la Academia Médica! Que justos títulos á la gratitud general!: Bienhechora ciencia dirije á tus prosélitos, y profesores; instrúyeles, inflámales, convénceles, que deben enteramente huir del mal, y entregarse á

buscar el bien, para poseerlo, y para comunicarlo. De este modo, sabios y virtuosos, sereis la confianza de las Autoridades, el consuelo de los enfermos, el amparo de los débiles, el escudo de los sanos, el centro del cariño y honor de los presentes, y el modelo de la posteridad.

Dije.

